

Para revisar un proyecto que había surgido con un cliente en común, me reuní con un grupo de profesionales, un ingeniero en marketing, un encargado de logística, el jefe de sistemas y un abogado. Era uno de esos días en que te levantas a trabajar por la fuerza de la costumbre, lo único que tenía en la cabeza era la hora de regresar a casa para abrir una botella de vino y escuchar un poco de música. Por fortuna el cliente manejó la reunión de forma precisa y cada área pudo presentar sus requerimientos en escasos cuarenta minutos, agradeció a todos su colaboración y salió apresuradamente, tal como entró. Al final de la corta reunión los participantes se despidieron con apretón de manos y un ritual de intercambio de tarjetas de presentación del que yo no participé, pero por millonésima vez hice una nota mental «recordar que debo imprimir las jodidas tarjetas». Cuando el abogado, que en realidad era abogada, se acercó para despedirse, extendió su mano para ofrecerme la tarjeta de presentación y me miró con los ojos bien abiertos y un brillo especial, aunque fue solo por un segundo, y de forma casi imperceptible, para mí fue clara señal de que tuvo una particular atención conmigo, pero descarté inmediatamente la idea, pensando que solo debía ser producto de mi imaginación.

Al inicio de la reunión, cuando todos fueron introducidos por el cliente en común, ella había pasado desapercibida, no recordaba siquiera haber escuchado su nombre. Era una mujer de unos treinta años, cabello castaño claro, ojos color miel, delgada, de estatura media, salió de la sala de reuniones con el pragmatismo de quienes solo se preocupan por cosas importantes. Miré la tarjeta que me había dejado y no era más que un pedazo de cartón blanco recortado con el número 2020 escrito con pluma, evidentemente no era un número de teléfono, tampoco una dirección. Pregunté a una señora que había entrado a la sala a recoger los vasos con agua a medio beber que habían dejado los participantes del meeting, si sabía en qué piso quedaba la oficina dos-mil-veinte, No existe tal oficina mi señor, dijo con voz apenada, terminó de colocar los vasos en su charola y salió. Caminé imitando sus pasos, aunque sin mucha determinación, tomé el ascensor y bajé hasta el lobby, por inercia caminé hasta la puerta principal, pero antes de salir me detuve a revisar el mapa del edificio, que señalaba todas las oficinas piso por piso. Efectivamente, solo había treinta y seis oficinas identificadas por los números 101 hasta el 136. Me sentí un poco desorientado. Si no era quién yo pensaba por qué me había dejado un papel con ese número, pero tampoco podía saber qué era 2020, tal vez era algo que se supone que yo debería recordar, pero por más que trataba de hacer memoria no encontraba ningún significado a ese número, solo recordaba su cara de niña y su nombre, Amelia Cantos.

(...)

Cuando tenía doce años pasaba todo el verano en una casa en la playa con una tía y unos primos mayores que yo. En esa cuadra no habían muchos niños, solo Jaime, un gordito rubio hijo de la señora que hacía la limpieza, y Amelia, hija adoptiva de la familia del novio de mi prima la mayor. Jaime, Amelia y yo pasábamos la mayor parte del tiempo en la casa de mi tía. Al ser varones la mayoría, casi siempre jugábamos con la pelota o a las carreras y cosas así, pero a veces Amelia nos convencía de jugar a las escondidas o a su juego favorito, las adivinanzas. Una tarde, decidimos hacer una competencia de saltos en bicicleta, en la cual Amelia sería el juez y Jaime y yo los competidores. Utilizamos unas tablas de madera y unas cajas que conseguimos en una construcción cercana, y el inmenso patio nos sirvió de pista. Jaime inició la competencia, para hacerlo justo, ambos utilizamos mi bicicleta, al menos así lo propuso él, tal vez no recuerdo bien, aunque en realidad, el tema es que Jaime no tenía bicicleta. Su salto fue de lo más tonto, no tomo mucho impulso, y apenas sintió que la rueda golpeaba con la rampa, improvisada de tablas, presionó un poco el freno y termino mucho menos que saltando, bajó con la rueda delantera seguida de la trasera,

como quien baja un escalón en bicicleta. Yo me reí de él, pero Amelia, que se había sentado en el suelo, al filo de la pista, se puso de pie y aplaudió entusiasmada, ¡Bravo! ¡Muy Bien!, dijo. Jaime me miró orgulloso y yo me enfurecí.

Ahora era mi turno. Para tomar impulso abrí la puerta principal del patio y salí unos metros hacia la calle, Jaime estaba acomodando las tablas y las cajas para mi salto, me miró y dijo, uuh eso no vale, pero yo hice como que no lo escuchaba, Amelia le hecho un grito a Jaime para que se aparte del medio y empecé a tomar velocidad. El camino hasta la rampa duró unos segundos, pero fue suficiente tiempo para pensar en dos cosas, la primera, la cara de Amelia cuando aplaudía el salto de Jaime, y cómo me había enfurecido; y la segunda, la vez que me ofreció la mitad de su Milkybar, y cuánto amor sentí en ese momento. Con la mente distraída, la mezcla de emociones y la actitud intrépida que puede tener un niño de doce años, las cosas no terminaron bien, La rampa improvisada no soportó el peso, la caja más grande que sostenía la tabla se partió en dos y perdí el control de la bicicleta, me estrellé contra la cerca que cubría el patio, salí volando hacia el terreno baldío junto a la casa y al caer me rompí el brazo. El incidente me obligó a regresar a casa de inmediato. El año siguiente mi prima me explicó que tuvo que terminar su noviazgo, porque la familia de Amelia se había mudado a otro país y no creía en el amor a distancia, no los volvimos a ver.

(...)

Abandoné el edificio con la única intención de olvidarme del asunto, ya me estaba dando sueño de tanto pensar y aun era muy temprano. inspeccioné la cuadra para encontrar dónde comprar unos cigarrillos antes de largarme a mi casa. Caminé hasta la esquina donde había un sitio que parecía una cafetería, allí había un letrero sobre la puerta de entrada que decía 2020 Coffe-Bar, entré con cara de asustado, como si se tratara de la dimensión desconocía, ella estaba sentada en una mesita redonda en una esquina del lugar, dándole vueltas con el sorbete a los hielos apiñados en un vaso en el cual solo quedaba un dedo de líquido, que quizá era un té helado color marrón. La cafetería tenía un ambiente relajado, deben haber sido como las seis de la tarde, a penas habían dos personas más en mesas diferentes. Me acerqué lentamente tratando de aprovechar los segundos para pensar qué iba a decir, ella siguió mis pasos con una mirada acogedora. Sentí confianza y me senté frente a ella, me preparé para iniciar una conversación intensa y acalorada, pero antes de poder seleccionar la primera frase, Amelia apartó un poco el vaso de té, puso los codos sobre la mesa y apoyo la cara entre sus manos, en señal de absoluta atención y dijo, cuéntame ¿como sigue tu brazo?

Fin

*Rafael Rosales C.*